

MIGUEL ÁNGEL BÁRBULO FERNÁNDEZ

SACANDO A LOS TÍTERES

DE PASEO

*Para José Antonio,
diseño del local
con más literatura
por metro cuadrado,
incluyendo la mismísima
Biblioteca Nacional.
Con éxito.*

*MAF
'10*

Relato

HABÍA DECIDIDO abandonar la creación literaria, pero la Literatura decidió a su vez no abandonarme a mí. Esto lo supe cuando al fin puse por escrito lo que me pasó una buena tarde de verano de 2010, cuando caminaba a paso tardo por las calles de la ciudad a la buena de Dios y con la mente en blanco o bien transida en la región del viento y del olvido, cuando fijé la vista, por casualidad, en los rostros y los cuerpos un tanto desgachados de dos personas que conversaban con una tercera mientras venían de frente y pisando vigorosamente el enlosado por la calle de la Ruda. Tenían rasgos sudamericanos vagamente indígenas, vagamente criollos. Hablaban a volumen tal que pude seguir su cháchara los breves segundos que permiten al oído conectar las frases durante un cruce de transeúntes cuando no existe apenas tráfico rodado ni demasiado ruido de fondo, como suele ocurrir durante la mayoría de las tardes en el casco antiguo de un poblachón madrileño como éste donde vivo. Entonces capté vagamente que hablaban de las aventuras que leí hace unos meses en un libro de Roberto Bolaño, y me quedé tan sorprendido que volví la cabeza e identifiqué al interpelado. Vestía con desaliño y lucía el pelo moreno, algo escaso. Llevaba en bandolera un bolso negro y fumaba un cigarrillo, la estela de humo se deshacía en el aire, desvaneciéndose por completo a sus espaldas. Cuando reparé en lo que hacía, me di cuenta de que les estaba siguiendo, a cuatro pasos de distancia, escrutando su conversación con disimulo, nadie tiene ojos en la nuca, si acaso, algunas arañas. Escuché que decían Santa Teresa, Arturo y Ulises, Piel Divina y usted qué opina de mis poemas, Roberto. Me quedé de piedra. Yo no suelo beber alcohol, ni coqueteo con esa suerte de sustancias que hacen al hombre visitar mundos ignotos y sentirse por encima de las leyes de la Física. Aquello no era una alucinación ni un sueño, estaba vivo y despierto y aquel suceso estaba ocurriendo en la vida real.

El caso es que los tres se detuvieron en una esquina y yo, que no quería perderme comba, fingí interesarme en los relojes de un escaparate puesto a propósito para mi intención. Ellos sonrieron y entraron por la angosta puerta de una pequeña librería, una de las pocas del pueblo, donde yo solía comprar mis libros cuando conseguía juntar unos cuartos. Me aproximé al local y fisgué su interior a través de una de las dos ventanas que flanquean la puertecita de metal pintado de negro, haciendo como que miraba los títulos expuestos a la curiosidad del lector. Los tres individuos se entretenían escrutando los anaqueles y charlando con el librero, quien debió reconocer al escritor chileno ya fallecido. O es su fantasma o este hombre es idéntico a Roberto Bolaño, se estará preguntando. Ignoro si ante el librero los tres se llamaron por sus nombres, como hicieron antes mientras pateaban la calle. En caso afirmativo, los pensamientos y sentimientos del librero serían análogos a los míos, la sorpresa y el susto, ayer no he bebido una gota ni esnifo ni estoy soñando y qué coño pasa aquí. Como el librero me conoce de sobra, y el misterio es de tal envergadura que me paraliza la voluntad, decido abandonar mi puesto de observación tras el escaparate y trato de olvidar el asunto, justo cuando Roberto Bolaño o su fantasma o su sosia asciende por la escalera de caracol con el librero delante y Arturo Belano y Ulises Lima detrás, cerrando la comitiva y perdiéndose de vista en el piso de arriba de la tienda, y yo me encamino calle abajo haciéndome mil preguntas que no consigo responder ni echando mano de la fantasía más delirante que persona alguna pueda albergar. Llegado a la plaza del Aligustre, tuerzo a la derecha rumbo a la biblioteca y me topo con otras tres personas en las que no hubiera reparado si una de ellas no estuviera tomando mate mientras avanzaban bajo el sol. Parloteaban con acento argentino, con esa tonalidad musical medio italiana adaptada al castellano. Al

pasar me quedo mirando a la alta y delgada figura del que parece llevar la voz cantante y mejor vestuario. No luce la tupida barba que solía, pero en sus rasgos faciales descubro al padre de Gekrepten y Oliveira, que deben ser los otros dos, ella y él, ella sorbiendo mate como si la vida le fuera en ello, él ahondando las manos en los bolsillos de su raído pantalón vaquero. El corazón, a fuerza de costumbre, ya no se me sale por la boca y me pongo a andar detrás de ellos sabiendo de antemano el destino de su paseo. La biblioteca quedará para otro día, este misterio lo tengo que resolver porque sí, me digo. Mientras enfilan la calle del Tomillo van hablando de lo mucho que lloraba Rocamadour, y de lo dura que era la vida del emigrante argentino en París, y de lo cabreado que parecía el vecino y de lo poco que nos importaba mientras poníamos aquellos discos en el pick-up, uno tras otro y bailando y tomando mate, y del ridículo que hiciste cuando aquella aventura del tablón deslizado por la ventana, y la chica abajo taladrándose la sien con el dedo índice, este tío está completamente loco. Subieron la calleja que queda a la izquierda según se asciende Tomillo arriba y también se metieron por el portillo de la librería. La tarde declina y ya se puede ver a cierta distancia lo que ocurre dentro, la línea de luz ya no se refleja contra las ventanas, así que me ensimismo en los escaparates de la relojería de enfrente mientras echo una ojeada a la manufactura suiza, y también, tras espulgar un poco entre los estantes, ascienden por la escalera precedidos del librero, y yo me pongo a pensar en cómo me las arreglo para desentrañar el enigma de esta relación del librero con los dos escritores difuntos y sus personajes, que si no fuera porque sé que existo en el mundo real de los vivos diría que se trata del argumento de una historia de misterio salida de las mentes calenturientas de Stephen King o de Lovecraft, y que el mundo, a la postre, es enormemente aburrido y ajeno a la imaginación y a la

fantasía que pueblan la Historia de la Literatura, salvo que uno se dedique a seguir los desvaríos de los investigadores del trasmundo y de los ovnis. Y como yo no creo en esas zarandajas aunque antaño me divertiera la mar leyendo literatura fantástica para niños y adolescentes, colijo que o bien se está rodando una película o tengo ante mis narices un extraño tinglado literario organizado por el Ayuntamiento, así que dejo de mirar para los relojes y la librería al mismo tiempo tratando de ser un camaleón y me voy a casa, a aclararme las ideas y decidir la estrategia a desplegar allí mismo al día siguiente por la tarde, a la hora en que Roberto Bolaño, su sosia o su fantasma entró acompañado de sus dos detectives salvajes en el local de marras. Decidí que yo también podía acudir con dos de mis personajes, pues no en vano tenía en mi haber trece libros terminados y otros cuantos borradores que un mal día se me atascaron y nunca conseguí hasta el presente ponerles el punto y final.

Bajé al casco antiguo y me metí por la puerta de la librería, las campanillas de latón repiqueteaban sobre mi cabeza cuando oí el saludo del librero desde el piso de arriba. No había nadie más en la tienda. Enseguida descendió por la escalera de caracol y me preguntó sonriente: “¿Vienes a mirar o tienes ya algo en mente?”. A lo que yo respondí ufano y misterioso: “Vengo aquí a mirar un poco lo que tienes con estos dos amigos.” “¿Y dónde están, que no los veo?” “No los ves ya que, aunque también sean personajes de mis libros, son invisibles para ti y los demás, pues sus andanzas no han sido todavía publicadas, pero todo se andará si los editores quieren o les da el aire.” Al librero se le pusieron los ojos como platos, más aún de lo que suelen, y sacudió la cabeza y con ella su breve melena, caviloso. “Ayer tuviste al menos dos visitas, le comenté, unas visitas muy literarias. Ni más ni menos que vinieron Roberto Bolaño y Julio Cortázar

acompañados de algunos de sus personajes, y eso no sucede todos los días.” “Sí, eran ellos en persona quienes vinieron.” “¿Y no es eso raro? Están muertos e incluso, en vida, sería casi imposible verlos por estos lares.” “Bueno, sentenció el librero, te diré la verdad si me guardas el secreto. Contigo hay confianza, hace varios años que nos conocemos...” Me invitó a subir al piso de arriba, donde nunca había estado, un desván misterioso y oscuro, donde termina la escalera, donde mi imaginación había fantaseado y dibujado complejas arquitecturas y enigmático mobiliario y uso cada vez que acudía al piso inferior a mirar, charlar o comprar. El mismo misterio parecía esconderse tras las pupilas del librero, unos ojos capaces de hipnotizar, vivaces y escrutadores como los de la Gorgona, el basilisco o el más severo de los ángeles. De modo que tras él subí los peldaños y pude ver lo que se escondía encima de la librería, lo que se ocultaba tras las cortinas de las ventanitas que se veían desde la calle, vanos protegidos por toldos amarillos que anunciaban lo que allí se vendía: libros, literatura, los mejores amigos del hombre con permiso de los perros. Encima de una mesa reposaba una lámpara que alumbraba en su círculo de luz a un ordenador de sobremesa, encendido en aquel momento, unos papeles, un bloc de notas y un bolígrafo. Al lado había una silla con respaldo de mimbre, y en el testero paredaño con la casa vecina, dos puertas cerradas de madera oscura, sumidas en la penumbra, fuera del círculo luminoso que dibujaba en la estancia el flexo adosado a la mesa. Desvié la vista a la pantalla, que mostraba un paisaje primaveral bajo un cielo azul cobalto, extrañamente sombrío debido, quizá, a la posición en que lo veía, un ángulo un poco elevado por encima de la horizontal del monitor TFT. El librero atrajo mi atención una vez acabado mi escrutinio del pequeño recinto. Sus labios seguían dibujando una uve, siempre lo hacían. Señaló con el dedo índice las dos puertas.

“Por ahí entran y salen. Sus fantasmas y sus personajes. Las puertas no dan a ningún lado, comunicaban antaño con el resto de la casa, antes de dividirse y cegarse con tabiques de ladrillo. Se materializan ahí, en el ladrillo, abren la puerta, bajan y se dan un paseíto por la calle. Han muerto hace tiempo y nadie les reconocería, aunque Cortázar se ha recortado la barba y el bigote por si acaso. Un día, no hace mucho, bajaron por la escalera; estaba yo ensimismado, abriendo la caja de un pedido, y se me plantan delante. Y me llevo el susto padre. Y me dicen, con su acento sudamericano: “¿No le importa que vengamos acá de vez en cuando, a salir a estirar las piernas y darnos una vuelta por el mundo de los vivos? Prometemos ser discretos y no molestar.” Y yo sin saber qué hacer, mudo de la impresión, les dije que sí, que bueno. Qué va a negarle un librero a una luminaria de la Literatura, consciente de que se trata de un oficio ingrato y de magro aprovechamiento, como el de basurero o el de buscador de tréboles de cuatro hojas, salvo que se destaque y vengan luego las autoridades a levantarles estatuas de bronce para ponerlas en las plazas y vean pasar, inmóviles y atónitas, los años y las gentes y acumulen verdín y cagadas de palomas, para recuerdo de las generaciones venideras y solaz de turistas y gente culta. Y ahí los tienes, de vez en cuando abren la puerta y se traen a su gente, a sus títeres de papel y tinta. Y a ver qué librero les pone reparos, siendo quienes fueron. Eso es todo: salen, bajan, se dan una vuelta, entran, hablan algo, miran libros y suben, abren la puerta y se pierden de nuevo en el Más Allá, y tú eres el primero que los reconoce y descubre el pastel. Como se entere todo el pueblo, ya tengo el negocio asegurado, esto se puede convertir en las Caras de Bélmez II, pábulo de investigadores con Iker Jiménez a la cabeza, llenándome el local de micrófonos y demás cacharrería digital, pero yo no quiero llevar esa clase de negocio fantasmal, no va conmigo.

¿Verdad que parece el argumento de una de Stephen King?” “Sí, respondí, es un caso curioso. ¿Y qué tal lo llevas?” “Como puedo, contesta, ¿y cómo los has reconocido?” “Porque me crucé con ellos y escuché algo de lo que iban hablando, yo había leído las novelas que escribieron, como tantos, los seguí y los vi entrar aquí.” “Pues estamos apañados, dijo, dentro de nada se enterará todo el mundo.” “Yo nada diré, tú sólo les aconsejas que cambien de aspecto, que se pongan peluca, que lleven gafas oscuras, lo que se te ocurra.” “Bueno, pues nada, ya has dado con la solución del misterio, seguro que te asustaste.” “Sí, contesté, más o menos como supongo que te pasó a ti. Bajemos. No sé si será conveniente que siga viniendo a tu librería.” “¿Y por qué no? Ven cuando quieras, a ser posible por la mañana, dicen ellos que la tarde es más propicia para pasear, comentan el parecido de este paisaje urbano con Cuernavaca, allá en Méjico. ¿Tú lo entiendes?” “No, respondo, ellos sabrán por qué. Cuantas menos preguntas les hagas, mejor. Hagamos como que no sabemos y sigamos con nuestras vidas como si nada hubiera pasado. Miremos para otro lado, ya se hartarán de callejear por aquí y quizá acaben marchándose a patear juntos las avenidas de París o del D.F., perdiéndose por los Campos Elíseos, Insurgentes o el Zócalo, hablando de sus cosas con los personajes. Quizá sea mejor que hables con ellos lo mínimo, los fantasmas contrariados juegan malas pasadas, eso lo sabe todo el mundo.”

Mantuvimos esta conversación en la librería. Al cabo de un rato nos despedimos y me marché a casa con un libro de Natsume Soseki bajo el brazo que le había comprado al librero.

Varios días después vertí esta aventura sobre el papel electrónico de Word. A la hora de buscarle título dudé entre *EL MISTERIO DE LA ESCALERA DE CARACOL* y *SACANDO A LOS TÍTERES DE PASEO*. Al final, me he decidido

por el último. Hay veces, como me ocurrió el otro día, en que decides abandonar la escritura por aburrimiento, pero luego, cuando te creías libre, acaba llamando a tu puerta esa especie de duende numinoso que es la inspiración literaria y te vuelve a uncir quieras o no quieras al yugo del las letras, y tú te exprimes las meninges delante de la pantalla de un ordenador, al dictado de unas Musas las más de las veces exigentes e inaguantables como marquesas llenas de orgullo y melindre, como sargentos chusqueros que te obligan a dar dos vueltas más de la cuenta a la pista de desfile, y que no te admiten una queja ni aflojan el puño con que te tienen amarrado. Y acabé escribiendo estas líneas y no sé si mañana volverá otra vez a tocar la aldaba de mi puerta el fastidioso geniecillo con la misma cantinela. Esto de la Literatura es un misterio, lo mires como lo mires, un misterio tan inescrutable como la composición de la materia de la qué están hechos los fantasmas.

Para José Antonio,
dono del local
con más literatura
por mucho credendo,
incluyendo la mismísima
Bibliotec Nacional -
Con efecto.

AME 110